

Rodríguez-Cruells: «Subirachs», *Revista Europa de actualidades, artes y letras*, 15 de marzo de 1967, p.15

Para reflejar en su justeza la crítica de la obra de Subirachs, precisaría para un catalán, hacerla también en lengua catalana, tanta es la raíz de nuestra idiosincrasia que refleja tal obra. Existen modos y giros de expresión intraducibles en su íntimo sobreentendido y que, precisamente por asentar tan firmemente su pie y su fundamento en lo nuestro racial, devienen universales.

Gusta Subirachs de contrastar las asperezas de la pétreo textura con los terminados morosos y pulidos de algunas de las superficies de sus producciones. Incorpora en esta exposición que actualmente celebra en la Sala Gaspar, un sentido -un sentimiento- que le induce a elevar a categoría de gran arte los detalles ornamentales: conchas, bolas o perlas, frisos, etc. Practica el alveolado, la repetición dentro de una misma obra. Repetición que es aparente, pues dada la repetición de las formas insertadas en la obra, estas aparecen pese a su igualdad, en diferente sitio con referencia al centro. Por lo tanto, la misma luz es distinta y el objeto queda susceptible de evocarnos una lección de relatividad.

Recrea en la textura, trabajada hasta el agotamiento, la fina sensibilidad que Subirachs posee y logra transmitírnosla hasta estremecernos.

Publicamos la fotografía de una de sus obras más características, *Façana* en la cual demuestra la transmutación -¿o el descubrimiento?- mediante el cual la sección de un friso contiene un perfil humano y, al mismo tiempo, la familiar igualdad entre éste y un torneado peón de ajedrez nos informa que existen imprevistos momentos que confieren al ser humano la peculiar característica, pensante y no instintiva, que permiten al hombre -pese a sus fallos- reivindicar un puesto de mando entre los otros seres.